



BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE MENORCA

NOS LIC.^{DO} DON JUAN TORRES Y RIBAS,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Apostólica, Obispo de Menorca, Protonotario
Apostólico *ad instar* de Su Santidad, Pre-
dicador de S. M., etc.

Al venerable é Ilustrísimo Cabildo, á los respetables Párrocos y de-
más individuos del Clero, á las amadas Comunidades religiosas y
amados Fieles todos de la Diócesis: Salud y paz en Nuestro Señor
Jesucristo.

..... *Ut inter mundanas varietates, ibi nostra fixa sint corda
ubi vera sunt gaudia:*

..... Dadnos, Señor....., que el continuo vaiven del mundo y
sus variadas imágenes, no impidan tengamos puestos nuestros
corazones allí donde están los verdaderos goces,—*De las Ora-
ciones de la Iglesia*

GL goce y todo bienestar, meta son y finalidad de
la aspiración del corazón humano. Desintegra-
do de aquellos dones de perfección que en su
creación recibiera el hombre, de naturaleza imperfecta,

siente constantemente la necesidad de llegar á la posesión de algun bien que llene la medida de sus afanes, que le integre. Miétras esto no consigue, siente el estímulo del deseo que lo agita y lo lleva por tanta diversidad de caminos, cuantos son los objetos en que cree se halla el bien apetecido. Y la ilusión del espíritu, de densos vapores rodeado, y el golpear de las pasiones contra un corazón debilitado, pervierten y desfiguran la imágen del bien, que cree el hombre hallar ó descubrir en la muerte, que se le presenta con atavíos de felicidad y de vida. Es cosa antigua que el hombre quiera equivocarse en camino. Resonaba todavía la voz de Dios que acababa de dictar leyes y de reglar á sus primitivas criaturas racionales, y ya la especie humana se había pervertido: *Omnis caro corruperat viam suam.* (1)

Natural condición del hombre es y propia también del cristiano, que busque y espere premio ó recompensa á sus acciones, que en ellas se proponga un fin de utilidad. Así las humanas leyes señalan provechos y emolumentos á los que sirven ó trabajan, porque sin este estímulo yacerían abandonados los intereses de la sociedad. Así los que han sido criados para honrar y servir á su Criador, oyen de la boca del Señor: *Yo seré tu superabundante recompensa.* (2) Y Jesucristo ha dejado dicho á todos los que le seguían y le han de seguir en los siglos: *Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.* (3)

Y si esta es la condición del hombre, que ha de desear y ha de esperar lo que estima el bien para sí, que ha de colocar este bien, su felicidad, como último fin de sus acciones; cierto y evidente es, que nada hay de tanto interés ni que encierre tanta trascendencia en la vida del hombre, como descubrir la realidad del bien,

(1) Gén. (2) Gén. (3) Math. V.—12.

del fin último de sus acciones, de su felicidad, en una palabra, previniéndose contra las ilusiones de su entendimiento, que cree ver el bien en lo que es su fantasma, y arrancando de su corazón el peso de las pasiones que lo oprimen é impiden que se levante á la altura donde el bien reside.

Diverso es para muchos el objeto de la felicidad. Ya la antigua filosofía inventaba y acumulaba para definirla y fijarla, argumentos que, multiplicados y opuestos entre sí, léjos de descubrirla y hacerla conocer, la oscurecían siempre más, hasta llevar al pueblo y á sí mismos, á un completo escepticismo, generador de un dominante materialismo, en que hallaron todo desórden, toda esclavitud y toda ruina. Pero es cierto que á la felicidad se ha de buscar en la region donde mora, y que á ella no se va ni se llega por caprichosas vías, por encontrados caminos, que son el desórden. Á ella conducen caminos rectos y trillados, que son los de la observancia de las leyes naturales y divinas por las cuales ha sido modelado todo el hombre. Lo tiene declarado la Sabiduría divina: *Feliz, dice, y bienaventurado aquel que vive en la conformidad de la ley, sin pecado.* (1) Aquella alta Sabiduría nos enseña como el órden del cumplimiento de los deberes como hijos de Dios, va necesariamente enlazado al órden de la felicidad. Pero es de observar declara San Agustín, (2) como siendo así, la felicidad la quieren todos, pero la observancia de la ley sin la que no se llega á la felicidad, la quieren pocos. «Tan grande cosa, dice, es ser feliz, que todos, »buenos y malos, lo quieren: y no es mucho que los »buenos sean por esto buenos; lo admirable es que los »malos se hagan malos para con ello ser felices.»

(1) Elic: 31.

(2) Serm. 1 in psl. 118.

Pero ¡cuán cierto es, que buscar la felicidad fuera de los caminos de Dios, es una quimera! Y cierto que, no reconociendo el humano discurso, verdad ni principio alguno eterno que sea origen y fuente de buenas acciones y camino de una felicidad siempre apetecida, aquel ha de venir á caer en la afirmacion de que nada habrá que esperar, ni nada que temer despues de la muerte, y que de tal principio sentado, habrá de nacer y ha nacido siempre la aspiración á hallar toda felicidad, todo fin último, cada uno en sí mismo, y no en Dios. Así fue cosa muy natural que, al tratar la antigua filosofía de definir la felicidad y señalar el fin último del hombre, las teorías sobre tales cosas fueron sencillamente resultado ó manifestación del humor ó gusto del fundador de cada escuela. Así unos pusieron la felicidad y último fin en los placeres de los sentidos, quienes en la posesión de riquezas, otros en el goce y disfrute del poder, otros en la gloria ó alabanza humana, y en otras vanas cosas otros; todos empero, como fácilmente se deducía, sin fuerza ni autoridad alguna para influir en las costumbres ni de los buenos ni de los malos, ni para ofrecer premio ó recompensa que hiciera llevaderos los males inherentes á la humana naturaleza. Y en verdad, que por natural razón y atestiguándolo la experiencia, nada como aquellas teorías podía inventarse, que mejor favoreciera la explosión de todas las pasiones, llegando á toda corrupción, á toda injusticia, á toda violencia. Porque poner el sumo bien en vivir según la naturaleza, es, como declara la sana filosofía, (1) inclinar á los hombres á vivir como bestias. Y es la razón que, pervirtiendo el hombre su fin último, necesariamente se pervierte á sí mismo, como todas las criatu-

(1) Lactancio, en Amat. H.^a Ec.*

ras y todas las cosas, cuando se las separa del fin y objeto para que han sido hechas.

Locura es y necedad esperar la felicidad de sí mismo quien, dotado de un cuerpo y de un espíritu siempre movibles é inconstantes, lleva una vida llena de espinas y de trabajos, cargada de dolencias, sometido á toda pasión, á todo error. Y no ha de sorprender que, cuando la antigua filosofía ha pretendido ó descubrir el bien ó crearlo, no haya conseguido otra cosa, que llenar el mundo de confusión, de estragos y de ruinas de muerte.

Y cuando en los nuevos tiempos, los que alejados de Dios, llamándose á sí mismos pensadores, han reproducido aquel intento, no han realizado otra cosa, que iniciar y bien acentuar un movimiento de reversión á aquellas antiguas escuelas, resucitando para el mundo los antiguos espectros de la degradacion y de la opresión. Y si por tales y prolongados esfuerzos la humanidad no ha sido llevada á aquel antiguo y cruel envilecimiento, débese á que el peso de aquellas teorías no ha podido vencer la resistencia del sentimiento público informado por las verdades cristianas.

Y es bien de notar que predicando y asegnrando que toda felicidad ha de hallarse en esta vida, y que siendo tan intenso en los hombres, el amor á la felicidad, fueran dentro de aquel materialista paganismo y sean ahora tantos, los que huyen de esta felicidad, los que atentan contra su vida. Abierto y seguido en las modernas sociedades, el camino de retorno al paganismo, todo material, todo brutal y cruel, por tal camino ha entrado como por senda que le es propia y conocida, aquel cruel abuso del suicidio, que responde con precisa exactitud, siempre y en todo tiempo, á una misma causa, á un mismo influjo. Testimonio tanto más elocuente,

cuanto que sobre ser naturalmente deducido, lo presentan personas de toda edad, condición y posición, que la vana soberbia del hombre rinde á la verdad de que es el hombre impotente é incapaz de darse á sí mismo ni dar á otros la felicidad ó el bien. No nos detendremos en estas consideraciones, que otras veces hemos tratado en anteriores instrucciones pastorales. Nos bastará, al objeto que tratamos, de descubrir y declarar la absoluta ineficacia, aparte su desastrosa influencia en el mundo, de la filosofía pagana, antigua y moderna, para hallar el bien ó la felicidad, añadir ó repetir lo que San Pablo, habiéndolo dicho de todos los filósofos paganos, decía en particular de los griegos: *Siempre aprendiendo, jamás sabiendo: los griegos buscan la sabiduría, y no alcanzan sino á ser unos necios.* (1)

Aman los hombres la posesión de bienes, el goce de honores, las investiduras del poder, la satisfacción de los apetitos, la gloria vana..., y suelen poner en esto el bien y la felicidad. Es decir, que sus afanes se dirijen y encaminan á la posesión de alguna cosa, de todo aquello de que carecen. Ahora bien, hemos de decir, insinuando un bello pensamiento de San Agustín: si en la posesión de algo que le falta, coloca el hombre su bien y su felicidad; aquello que piensa adquirir ó poseer ha de ser mejor que lo que se halla en el hombre. ¿Puede por ventura una cosa peor que la que hay en el hombre, hacer á éste mejor? Lo inferior ó lo que es peor, no puede mejorar lo que es superior ó mejor. Y los dineros, y las propiedades, y los vanos honores, y los bajos apetitos, ¿no son cosas de inferior condición que lo que hay en el hombre? Y para valer más el hombre, para alcanzar el bien, ¿lo buscará por esas cosas que

(1) *Ad Rom.*

son ménos que él? Sobre la tierra no hay cosa que valga tanto como el hombre: todo es inferior á él. Y bien: el hombre en tanto puede ser feliz, en cuanto mejora su condición de hombre, puesto que fuera de su condición de hombre, nada hay que valga tanto. Y para ser mejor y valer más, ha de buscar cosa que sea mejor que él, valga más que él. ¿Y qué hallará el hombre, que sea mejor que él, que valga más que él, y que pueda, por lo mismo, darle la felicidad, tras la que corre? Vea el hombre en sí mismo la imágen de Dios, y advierta y considere que en la tierra no hay cosa que se eleve sobre el hombre, sino su Criador. Éste ha de ser su posesión y su bien. Además: los tesoros, las propiedades, los goces y los honores, no porque sean anhelados, se alcanzan. Y cuando se logra por algunos obtener parte de todos aquellos bienes, quedan siempre el disgusto por lo que no se obtiene, el ansia por conservar los que se poseen, el temor de perderlos, el sentimiento de dejarlos con la muerte, añadido á todo esto, muchas veces, ó el remordimiento por los malos medios empleados para conseguir lo que se posee, ó la vergüenza de las bajezas para ganar á los que podían darlos: cuidados, aflicciones, perturbaciones y trastornos, en todos los órdenes de la vida por tales causas. A Dios empero, no hay que requerirlo. Lo tiene el hombre siempre que quiere. Él mismo viene al hombre, le busca y le solicita, aún cuando el hombre se esfuerza por alejarse de Él. Y cuando se posee á Dios, nada turba su posesión.

Y esta posesión, como llena toda aspiración, todo deseo, dejando en equilibrio los diversos y opuestos afectos que agitan al hombre, produce en él, una satisfacción y un gozo, que preludian la plena y eterna felicidad.

Y es natural este efecto. El hombre ama su bien; y

en Dios se hallan todos los bienes. Y anhela el hombre la conservación del bien que posee; y la posesión de Dios es eterna. Cualesquiera sean las mutaciones de la vida, nunca deja de poseer su tesoro. Si entra en la prosperidad, allí halla á su Dios. Si cae en la adversidad, allí está también su Dios. Y ni la prosperidad le lleva á engreirse y á quebrantar la ley y la justicia que están en Dios, ni la adversidad le hará desesperar ni alejarse de Dios, quien le ha de mudar, y él sólo puede, el mal en bien con usuras. Y en todo estado halla el bien, el hombre fiel á su Dios. *Vos, Señor*, dice el profeta David, *hareis deleitables las caminos que se andan por la mañana y los que se andan por la tarde*: (1) la mañana de la prosperidad y la tarde de la adversidad.

Motivo y grande es de dolor, al propio tiempo que de asombro, sufran los hombres y las sociedades, los males tan profundos que les afligen, cuando tan á la vista y tan á mano tienen, así evitar los caminos por donde aquellos se presentan, como remediarlos, cuando llegan á padecerse: que pudiendo alcanzar todo el bien compatible con su mortal condición, en la presente vida, quieran, unas veces preocupados por inventadas y falaces teorías que les ocultan la verdad de su condición, otras veces rendidos al peso del apego á las cosas de la vida, vivir atormentados por el ánsia de goces, en vez de los cuales hallan con frecuencia la aflicción y los dolores, perdiendo siempre, al paso, la verdadera felicidad y la posesión de un bien que no ha de acabar.

Esta pervertida inclinación del hombre nos explica el trastorno tan general y tan profundo que experimentan los pueblos. Colocado el sumo bien en los goces y bie-

(1) Ps. 65 -- v. 9.

nes de esta vida, son arrojadas de la sociedad y del trato de los hombres, la probidad y la buena fe, el amor y la abnegación, la equidad y la justicia, escarnecidas todas las virtudes, y, pervertido todo sentido moral, negada la razón de crimen y de delito; por donde lo mismo los pueblos que los individuos se hallan cada día más alejados de la dicha en lo presente, y de la salvación en lo futuro.

Capaz de la dicha fue criado el hombre. Por pervertir sus fines, el orden por Dios establecido, hallaron los primeros padres la infelicidad. Y restaurada la humana naturaleza por la Redención, pudiendo el hombre hacerse grata la presente vida, y en las mismas adversidades llena de consuelos que la seguridad de un bien inalterable le ofrece; parece tiene puesto su empeño en procurarse unos tormentos temporales para caer en otros eternos. Esta verdad observamos, por poco que nos detengamos en contemplar los males que, al presente, á la humanidad afligen, tales y tantos, que acaso nunca han existido tan fundados temores, como al presente, de que la sociedad se desmorone y se convierta en un campo de ruinas. Y se aflige el ánimo considerando que todos estos males, tal general malestar, no nacen precisamente de lo imperfecto y flaco de la naturaleza del hombre, sino de su perversidad y de su criminal empeño en salirse del orden en que Dios lo ha colocado, en sustraerse á las leyes que le son propias, fuera de las cuales, como en situación excéntrica, ha de vivir miserable ó ha de perecer, como es de observar en todos los seres de la creación, que son regidos por leyes que les son propias. Tal triste suceso confirmaría, si la palabra de Dios necesitara de confirmación, esto que de antiguo viene declarado por el Real Profeta: que *en los caminos de los malos se encuentra la infelici-*

y la opresión: que éstos no conocieron ni anduvieron el camino de la paz. (1)

Así el hombre, no ya alcanzar, ni vislumbrar podrá la felicidad, sino es dirigiendo sus pasos por los caminos de Dios. No ha de ser el peso de las cosas inestables y pasajeras que ha de inclinar y hacer caer el corazón del hombre. El peso de la voluntad de Dios es el que ha de moverle y conducirlo. No ha de ser la voluntad del que á sí mismo no se basta, la que se oponga ó resista á la voluntad del que todo lo rige. No ha de ser el desórden el que impere, sino la justicia.

Ha podido notarse y se notará en toda la sucesión de los siglos, que allí donde reina el espíritu de la religión, reinan la felicidad y la paz; y que la infelicidad y el desórden viven y se hallan donde aquel espíritu ha sido desterrado ó debilitado. Y debiendo ser todo este órden de cosas tan patente y óbvio á todos los hombres, pero principalmente á los que son hijos de Cristo y hacen profesión de su fe, es cosa de maravillarse y motivo del mayor dolor, ver á tantos, tantísimos de estos que se llaman fieles hijos, salirse de aquellos seguros y conocidos caminos que conducen á la felicidad y á Dios, para andar los que conocen son extraviados que los llevan léjos de aquel bien.

Siendo en todos tiempos, pero principalmente en los presentes, tan fácil la perversión, por la extraordinaria facilidad de propagar los innumerables medios de sugestión y de escándalo, Nos encarecidamente exhortamos y rogamos á nuestros diocesanos, por el amor que les tenemos, por el interés de las familias, y de toda la sociedad, no dejen que se amortigüe en ellos el amor á la religión, ni abandonen la práctica de sus

(1) Pa. 13 -- 3.

mandamientos, porque ellos los conducirán á Dios, despues de llenarlos de méritos ante la religión y ante la sociedad misma. Porque triste es, pero necesario decirlo. Son muchos, demasiados en número, los que, haciendo profesión de cristianos, hijos de la Iglesia, se hallan faltos de valor para hacer, en la oportunidad de las circunstancias, ostentación de lo que son; que para decidirse á hacer actos de religión, parece como que esperan la vénia de los que á la religión ofenden ó de ella nada se cuidan. ¡Cosa más singular! ¡No se avergüenzan los ímpios de su impiedad, que se esfuerzan en predicar y propagar, y ha de avergonzarse el cristiano de la pública manifestación de su fé! ¡Otros, sin ser ímpios, no se avergüenzan de su vida de público abandono de todo deber cristiano, y los cristianos se han de avergonzar de la práctica de sus deberes! ¿Porqué esto? ¿Porqué el cristiano se ha de avergonzar de los que no lo son? ¿Porqué un hombre se ha de avergonzar de otro hombre? ¿Quién ha dado á un hombre ni á muchos el derecho de imponer á otros esta humillación? Cada vez, y son muchas, que estas cosas consideramos, acude á nuestra memoria aquella hermosa expresion de valor cristiano del grande autor del *Genio del Cristianismo*: «Nunca me ha impuesto la cara del hombre». Cierta que, si los cristianos amasen, como deben, la religion, y procedieran en conformidad; si en todos sus actos de vida pública se propusieran ajustarse á lo que la religion les demanda; cierto, repetimos, sería menor el número de los ímpios y de descarriados, que habría más virtudes en las familias y en toda la sociedad, consiguiendo con ello atraer la felicidad y la paz, que tan alejadas andan de nosotros.

Y no para en esto, el daño que recibe la religión de sus propios hijos. Sino que ademas del retraimiento y

cierta defección, adonde son muchos llevados por la cobardía y por el respeto humano, como venimos diciendo, se añade á tal daño el otro daño mayor, que es el de favorecer á los enemigos de la religión que profesan, de prestarles armas con que combatir á esta misma religión, é infundirles alientos para que perseveren y adelanten en sus criminales campañas. ¿Quién lo diría? porque es verdad que tal sucede y tal realizan los que por poquedad de ánimo, por entibiado amor á su religión, como dejamos indicado, favorecen la publicación y la circulación de periódicos tocados más ó menos de impiedad, y bien fáciles de discernir en esta parte; los que no saben protestar con su abstención, de ofensivas representaciones en teatros y exhibiciones en cinematógrafos, y de otras peligrosas concurrencias. Y cuando se lamentan tantos estragos que nacen del apartamiento de Dios; cuando tan proclamada es la necesidad de una restauración en las costumbres; ¿irán los cristianos á aprender lo que á la religión y á su propia salvación interesa, en las publicaciones y otras obras que los enemigos de la religión contra la religión enderezan? ¿Para los males que se padecen, se pedirá el remedio á los que se han impuesto la triste misión de producirlos? Nos place á este propósito, recordar lo que en no lejana fecha os decíamos, con motivo de las maquinaciones que se forjaban contra la Iglesia: que con sólo que los católicos dejaran caerse de sus manos los periódicos que agitaban la ficción clerical, la cosa era acabada, y que tenían deber de hacerlo, si no querían llevar delante de Dios, la parte de responsabilidad por los daños que á la religión la mala prensa hace y prepara.

No son éstos, caminos ni para la propia, ni para la ajena felicidad. Los cristianos, os hemos de decir con San Pablo: (1) *necesitan hacerse dignos de su vocación de*

cristianos, á que fueron misericordiosamente llamados, deseando y pidiendo para ello al Señor, cumpla en ellos los designios de su bondad, y haga con su poder, fecunda su fe en buenas obras, á fin de que sea glorificado en ellos el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y ellos en Él. Y como en estos designios de la bondad, de Dios, la glorificación del nombre del Redentor y de los que son sus redimidos, se contienen necesariamente el bien y la felicidad de éstos, toda obra y toda acción opuesta á la bondad de Dios y de sus designios, sobre sus hijos, conducen de la misma necesaria manera á la infelicidad. Ya antes lo había preunciado la misma Divina Bondad por su profeta: *El que ama dice David, la iniquidad, se odia á si mismo.* (1) Porque éste, en vez de aspirar á cosa que valiendo más que él, pueda darle un bien que no alcanza, la felicidad, se entrega á servir á cosas que son inferiores á él, y que por lo mismo, le atormentan y el privan del bien y de la felicidad.

Pero la felicidad ha de ser considerada, por lo que mira á su posesion, á la manera que el oro, que no se pescubre su mina todo de un golpe. Ella es el premio del trabajo. Tal y como se desea el premio, que es la felicidad, desearse debe el trabajo que importa aquel premio. ¿No vemos como en las cosas humanas se levanta pronto el hombre para cualquier trabajo, cuando va éste seguido de una superabundante recompensa? Pero la recompensa al trabajo, que hay en el servicio de Dios, es Dios mismo, fuente y abismo insondable de bienes. Y bien puede el hombre desprenderse, á tal precio, del fardo de las cosas terrenas y romper todos los obstáculos, para llegar á la posesion de todo aquel bien. *Dichoso el hombre, dichoso el pueblo,* acabamos diciéndoos con el Profeta, *que tiene*

(1) Thesal—I.—11—12.

(1) Ps. 105.

por Señor á su Dios, y á quien Dios posee como su herencia. (1)

En esta heredad del Señor deseamos puedan verse, y Nos con ellos, nuestros amados diocesanos. Y en prenda de tal deseo les enviamos con todo afecto, nuestra bendición.

En el nombre del ✠ Padre, del ✠ Hijo, y del ✠ Espíritu Santo. Amen.

Dada en Ciudadela de Menorca á los diez días del mes de Marzo del año mil novecientos ocho.

† JUAN, OBISPO DE MENORCA.



Por mandado de S. E. Ilma. el Obispo mi Señor,

LIC. SEBASTIÁN VIVES, *Arcediano, Srío.*

(1) Ps. 32 — v. 12.

Nota: Esta pastoral será leída la inmediata Dominica tercera de Cuaresma en la Catedral é iglesias parroquiales.

Recomendamos á nuestros amados diocesanos la lectura de la carta que va á continuación, y que consideren atentamente las saludables reflexiones y la invitación que en ella hace su Eminentísimo autor.

† EL OBISPO.

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Tengo la satisfacción de remitir á V. E. I. un ejemplar de la carta Pastoral que dirijo á mis Diocesanos referente á la canonización del Bto. José Oriol, Beneficiado que fué de la Parroquial Iglesia de Ntra. Señora del Pino de esta Ciudad.

El Señor en su infinita Bondad, se ha dignado concedernos en nuestros días por los méritos é intercesión de nuestro Santo, dos milagros, uno en 1888 en la persona de la M. Ventura Tragat, Religiosa de la Sagrada Familia, que curó repentinamente de una Tuberculosis pulmonar y otro en 1896 en la persona de la Hermana Gertrudis Casas, que curó también repentinamente de meningo-mielitis, los cuales han sido recientemente aprobados por Su Santidad en Mayo del año p. p. y son el fundamento canónico sobre el cual descansa el Decreto Pontificio de la Canonización.

Aun cuando directamente interesa á esta Diócesis de Barcelona la canonización del Bto. José Oriol por tratarse de un Santo que nació en esta Ciudad y en ella dió millares de ejemplos de una Santidad heroica, mereciéndose el título de Taumaturgo catalán por el sinnúmero de milagros que obraba todos los días en su Iglesia Parroquial, en las calles y en las casas particulares de esta Ciudad y Diócesis y en muchos pueblos de las Diócesis de Cataluña, con todo, no dudo que todos los Obispos españoles lo considerarán como una gloria de España y verán con santo

jubilo que Barcelona les haga participantes de su justo y muy legitimo entusiasmo.

Si V. E. se sirve dar á conocer á sus Diocesanos la celebración no lejana de la Canonización de nuestro Beato Oriol, es muy propable que este hecho extraordinario, de tanta influencia para el aumento de la fe en nuestra desgraciada época, contribuya eficazmente á la santificación de esos fieles encomendados á su celo pastoral, excite en algunos la devoción al Santo que acude benigno á los que le invocan con fe y confianza, así en las necesidades espirituales como en las temporales, y tal vez se sientan impulsados á auxiliarnos con algún donativo en los crecidisimos gastos que importarán la grandiosa fiesta que se celebrará en Roma (en la época que designe su Santidad) y después en nuestra Ciudad.

Dándole á V. E. anticipadas gracias por todo, tengo el gusto de reiterarme de V. E. atentisimo y afectisimo S. S. y hermano q. b. s. m.

† SALVADOR, CARDENAL CASAÑAS.
Obispo de Barcelona.

A D V E R T E N C I A

En la línea 1.^a del párrafo VII del Decreto Pontificio sobre Esponsales y Matrimonios, pág. 43 del último BOLETÍN, se dice: «y pudiendo,» debiendo decir «y no pudiendo». Póngase interlineada dicha partícula *no*, sin salvaria.



CRÓNICA DE LA DIÓCESIS

La parroquia del pueblo de San Luis celebró con esplendor y solemnidad devoto triduo de Carenta-Horas, en los tres últimos días de carnaval. A todos los actos asistió crecido número de fieles, velando á S. D. M. las sócias del Apostolado y los sócios de la Sección Adoradora, establecida en dicha parroquia. Los oradores que predicaron sucesivamente las tres noches del Triduo fueron, los Rdos. señores Coadju-ttores de aquella parroquia y el Rdo. D. Jaime Tutzó, Misionero Apostólico.

En la próxima fiesta de San José se extrenará una preciosa imágen de San José que acaba de adquirir la misma parroquia para ser llevada en las procesiones, proponiéndose el «Centro Católico» del mismo pueblo de San Luis celebrar fiesta muy solemne en honor de San José.

En uno de los domingos del pasado mes de Febrero, se verificó en la repetida parroquia la distribución de premios á los niños que asisten á la enseñanza catequística. Fué un acto muy importante. Después de oportuna plática sobre la necesidad de la enseñanza de la doctrina, que dirigió á la concurrencia el Rdo. Sr. Ecónomo, los niños cantaron varios motetes propios del acto y recitaron la mayor parte de ellos bonitas poesías. A los niños se les regaló libritos piadosos, y á las niñas prendas de vestir y juguetes, adquiridos todos esos objetos por medio de limosnas.

El Seminario Conciliar de esta Diócesis, honró el día 7 del actual, con solemnes cultos religiosos á su Compatrono Santo Tomás de Aquino, y el día siguiente, celebró en obsequio al Angel de las escuelas, en el salón de actos de dicho establecimiento, hermosa velada literario-musical, bajo la presi-

dencia del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, de conformidad con el siguiente programa:

- 1.º «Himno á Santo Tomás», Coro.
- 2.º «Todo en una pieza», por el alumno D. Miguel Mas-caró Pons.
- 3.º «El Saludo de un niño», poesía, por el seminarista D. Miguel Gomila Rotger.
- 4.º Pieza de canto.
- 5.º «¿Quién es el criminal? ó la necesidad de la existen-cia de Dios», por el alumno D. Pedro Cardona.
- 6.º «Santo Tomás de Aquino», diálogo en verso declamado por los seminaristas D. Francisco Pascual González y don Juan Sans Gornés.
- 7.º Pieza para violín y piano ejecutada por los distingui-dos profesores M.ltre. Dr. D. Antonio Sintés, Canónigo Penitenciario y el Rdo. D. José Sintés, Catedrático de músi-ca de este Seminario.
- 8.º «Regeneración», diálogo por los seminaristas D. Leo-poldo Vivern Ferrer y D. Bernardino Juanico Cánovas.
- 9.º «Bodas de cro», por el alumno D. Rafael Serra Mes-quida.
- 10.º Concertante, Coro».

Todos los números fueron habilmente interpretados, sien-do por este motivo muy aplaudidos los señores ejecutantes. El Excmo. Sr. Obispo puso fin á tan agradable acto, pronun-ciando una bella y oportuna improvisación, enalteciendo las virtudes y la ciencia del Angel de las Escuelas; alentó á los escolares á seguir los pasos de su ínclito Patrono y después de haber dado las gracias á las distinguidas autoridades y demá asistentes, dió su bendición.

El domingo dia 8 del actual, las Conferencias de San Vi-cente de Paul, celebraron en la iglesia de San Agustín una

de sus reuniones generales reglamentarias, presidiendo el acto el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, quién dirigió su autorizada palabra á la concurrencia, enalteciendo las obras hechas á impulsos de la virtud de la caridad. La colecta entre los caballeros produjo ptas. 44'00; la de señoras ptas. 58'40.



SUSCRIPCIÓN MENSUAL PARA LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES Á SANTA TERESA, CORRESPONDIENTE AL MES DE FEBRERO.

	<u>Ptas. Cénts.</u>
Suma anterior.	5'10
Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	2'00
M. Iltre. Sr. Provisor.	0'20
" " " Arcediano	0'20
Una familia cristiana.	0'15
Un hijo de familia.	0'10
D. Pedro Villalonga, Ecónomo.	0'10
" Jaime Carretero, Pbro.	0'10
" Juan Gelabert.	0'10
" Gabriel Vila, Ecónomo.	0'10
La Redacción de «El Propagador Ciudadelano».	0'20
D. ^a Dolores Magarola, viuda de Olives.	0'20
D. Rafael Mascaró, Pbro.	0'05
M. Iltre. Sr. Maestrescuela.	0'20
Rvdo. Sr. Ecónomo de Mercadal.	0'10
M. Iltre. Sr. Dean.	0'20
D. Mariano Juan, Pbro.	0'10
" José Planells, Pbro.	0'10
M. Iltre. Sr. D. Jaime Serra, Canónigo.	0'10
Rvdo. Sr. Párroco de S. Cristóbal.	0'10
" " Ecónomo de Fornells.	0'10
" " " del Cármen de Mahón.	0'10
" " " de Santa María de Mahón.	0'10
" " " de San Francisco de Mahón.	0'10
" " " de San Juan d' els Horts	0'10
La Administración de «El Congregante»	0'10
D. Juanito Escanellas Viñas.	0'05
" Juanito Torres Tur	0'05
Suma.	<u>10'20</u>

Sumario.—Carta Pastoral del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis con motivo del presente santo tiempo de cuaresma, pág. 61.—Carta del Emmo. Cardenal Casañas, Obispo de Barcelona, á nuestro Excmo. Prelado, pág. 75.—Advertencia, pág. 76.—Crónica de la diócesis, pág. 77.—Suscripción mensual para la Basílica en Alba de Tormes á Santa Teresa, correspondiente al mes de Febrero, pág. 80.

Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús.—Ciudadela